

Siete son las veredas que discurren por esta zona: vereda a San Salvador, vereda a Resoba, vereda a Herrerueta, vereda Cordel de Pineda, vereda de Redondo, vereda a Lores y vereda a Piedrasluengas.

El número de coladas es bastante inferior, localizándose sólo dos: colada Peña del Tejo y colada Pueblo San Vicente.

Finalmente, existe una vía pecuaria clasificada como derrotero, el derrotero del Antiguo. En total, suman una superficie de 375 hectáreas.

PASAJEROS A INDIAS

José María se sumerge en el Archivo General de Indias, sito en Sevilla, para descubrir y argumentar sobre los pasajeros que salieron del valle de Liébana desde 1503 a 1790⁽¹⁸⁷⁾. El autor decide incorporar en la investigación apellidos que pueden alcanzar a las zonas limítrofes, como Cervera y Pernía en nuestro caso, al objeto de demostrar la participación de todos ellos en la colonización del Nuevo Mundo. Al acercarse a la ingente información de este imponente Archivo, se asombra de la naturalidad con la que allí se daba cuenta de viajes que aún hoy produce vértigo proyectar y en cuya aventura andaban ya implicados numerosas personas de estos pagos. Aquello implicaba heroicidad y deseos de viajar a un mundo extraño, sin olvidar, naturalmente, la oportunidad que suponía para muchos funcionarios civiles y eclesiásticos, que buscaban un puesto en la gobernación de aquellos territorios o un lugar en las diócesis que se iban construyendo.

Para viajar entre los territorios o para salir o entrar en ellos era necesario un permiso de embarque, fácil de conseguir en un principio y más complicado a medida que iban llegando noticias de incalculables tesoros. Los preparativos del viaje se prolongaban durante varios meses y exigían unos emolumentos que muy pocos podían afrontar. De ahí el predominio entre los pasajeros de los hijosdalgo. Una forma de embarcarse era como criado o paje de algún dignatario al que se servía durante el viaje y por algún tiempo variable una vez en Indias. La tripulación de los barcos estaba compuesta por 30 hombres para los barcos de 100 a 130 toneladas, 48 para los que oscilaban entre 170 y 220 y 61 para los barcos de 220 a 320 toneladas.

En el Archivo General de Indias se conservan listas donde se reflejan las raciones diarias de la comida y los precios de los productos. Entre las provisiones se menciona galletas, vino, cerdo y pescado salado; vaca acecinada, habas

(187) *Pasajeros a Indias*, de José María González-Coter. Edición inédita en internet, bajo licencia Creative Commons.

y arroz. También llevaban queso, aceite, vinagre, ajos y agua en toneles. En una parte del barco se encontraban los llamados *corrales*, donde se llevaban vacas, cerdos, corderos y gallinas que eran embarcados en Sevilla o Sanlúcar. A este transporte, según la información obtenida, se debe la rápida introducción en Indias de animales domésticos que no existían antes del Descubrimiento. Según el historiador e hispanista francés, Pierre Chaunu, de 1536 a 1620, los rebaños bovinos pasaron en México de 15.000 cabezas a un millón y los caprinos, de medio millón a ocho millones.

El equipaje incluía además de los víveres, los cacharos necesarios para guardar y cocinar los alimentos y las mantas y ropas de dormir. Chaunu calcula un peso de 800 a 900 kg por cada pasajero, que llevaba lo necesario para una travesía de dos o tres meses. Fray Antonio de Guevara, confesor del emperador, previene a los viajeros de los agentes de aduanas *“que le registrarán y abusarán de él”*. *“Es saludable consejo que antes que se embarque haga alguna ropa de vestir que sea recia y aforrada, más provechosa que vistosa, con que sin lástima se pueda asentar en crujiá, echar en las ballesteras, arrimarse en popa, salir a tierra, defenderse del calor, ampararse del agua y aun para tener para la noche por cama; porque las vestiduras en galera más han de ser para abrigar que no para honrar. Es saludable consejo que el curioso o delicado pasajero se provea de algún colchoncillo terciado, de una sábana doblada, de una manta pequeña y no más de una almohada; que pensar nadie de llevar a la galera cama grande y entera sería dar a unos que mofar y a otros que reír, porque de día no hay a donde la guardar y mucho menos de noche donde la tender”*. El hacinamiento, la estrechez en que se desarrollaba la vida diaria y las malas condiciones higiénicas que imperaban a bordo hacían insufrible el viaje, pero podía más la llamada de lo desconocido y acaso el hallazgo de una vida mejor.

Gentes de Liébana y Pernía

Señala la investigadora Consuelo Soldevilla que la gente de la montaña respondió tardíamente a la llamada de las Indias, influyendo también la mala comunicación hacia la costa. No todos los que viajaban quedaban registrados. Se cita en este apartado a los polizones y a pasajeros que figuran inscritos como criados, muchos de los cuales quedaban registrados con un simple número o a veces con tan solo su nombre, sin ser anotados apellidos ni procedencia. Un viajero podía ser definido como natural de la Montaña o de los Reinos de Castilla. En el caso de los lebaniegos se les presentaba a veces como naturales de la montaña de León o de Palencia, al pertenecer a estos dos obispados todos sus lugares, a excepción de Tresviso, que pertenecía a Oviedo.

González-Cotera menciona la semblanza que Tomás Pérez Vejo hace de un indiano de Caloca que emigró a México en 1780. Diego de Colio, nacido en el concejo de Cabrales, figura entre los soldados que conquistaron México con Hernán Cortés.

Diego Gómez de Lamadrid nace en Potes en 1529 y fue elegido arzobispo de Lima con 48 años, a la muerte de fray Gerónimo de Loaysa, pero habiendo transcurrido dos años sin ocupar la sede vacante, Felipe II presentó al Papa a Toribio Alfonso. Para compensarle le nombra obispo de Badajoz.

En 1580, Toribio Alfonso Mogrovejo, arzobispo de Lima, futuro Santo Toribio, despacha su expediente en un solo folio, con la simple anotación en la que señala que lleva 22 criados.

Diego López de Liébana, nacido en Lamedo, manda sus bienes a sus hermanos *“los quales son pobres y porque rueguen a Dios por my ánima”*. Les manda 750 pesos, de los que llegan a la Casa de Contratación de Sevilla 599. Para que todos los vecinos y moradores de Potes y la “provincia” de Liébana se enteren, el corregidor manda dar un pregón en la plaza de la villa el lunes 26 de octubre de 1579, oficiando de pregonero Toribio Rodríguez del Collado.

Juan Bedoya Mogrovejo solicita un préstamo de 500 ducados para hacer el viaje, ofreciendo como fiador a Francisco de la Vega, corregidor de la Lonja de Sevilla, pero surgen problemas: el tesorero dice que no hay fondos, por lo que solicita que se cancele la fianza y se anote en su título que no ha cobrado tal socorro. En 1627 habían llegado a la Casa de la Contratación 54.479 maravedíes, que pertenecían a José de Noriega, nacido en Pendes y en cuyo testamento mencionaba la ermita o humilladero de San Francisco de Trasvega y a sus tres sobrinos.

Un caso curioso es el que suscita Vicente Pérez Gayón, arzobispo de Santa Fé de Bogotá, natural de Potes. Su madre y sus hermanas reclaman su herencia. Al tiempo de su fallecimiento, sus hermanas habían ganado un pleito a su madre en la Real Chancillería de Valladolid, por no haber percibido su legítima tras el fallecimiento de su padre y porque su hermano Antonio se había apoderado de todos sus bienes. Pero los 6.000 pesos fuertes dejados por Don Vicente vinieron a allanar las diferencias entre las dos partes.

También hay referencias en la inédita y curiosa obra de José María González-Cotera a paisanos nuestros, como es el caso de Agustín Alcalde, hijo de Manuel de Alcalde y de Juana Gutiérrez, natural y vecino de Cervera. Gregoria Matorras del Ser, natural de Paredes de Nava, se crió en Lamedo, de donde era su padre, Jerónimo Matorras, que llegó a ser gobernador de Tucumán. Gregoria era a su vez la madre del general San Martín, libertador de la República Argentina.

El 26 de octubre de 1559, Juan de Mier y Cosío, vecino de Cervera, hijo de Francisco de Mier y Catalina de Çumi, viaja al Perú acompañado de su sobrino Francisco de Colmenares, hijo de Diego García de Colmenares y de Doña María de Mier. Como ya hemos desgranado en otros artículos, el 19 de noviembre de 1672 nace en Lima un descendiente de este, Sebastián de Colmenares y Vega, a quien el rey Felipe V le confirió el título de conde de Polentinos, lugar donde vivieron sus ascendientes.

El 18 de febrero de 1567 figura en el registro el nombre de Isabel de La Vega, soltera, hija de Diego García de Colmenares y de María de Mier, como criada de Diego de Teves. Aunque la ficha la hace natural de Zubieta, es muy probable que lo fuera de Cervera, (Zerbera), y por tanto hermana de Francisco de Colmenares, sobrino de Juan de Mier y Cosío.

El 13 de marzo de 1576 entre los expedientes de información y licencia de pasajeros a Indias se encuentra el de Lope Ruiz de Bustamante. El expediente no se ha digitalizado por su mala conservación pero en la ficha de pasajeros se dice que es natural de Redondo, entonces jurisdicción de la villa de Cervera. Por otro expediente fechado unos días después, se sabe que Lope llevó consigo a un criado, Diego de Herquenigo, natural de Larrabezúa.

De Cervera, además, partieron para Indias en años sucesivos Roque de Cosío, criado de Sancho Barba, hijo de Alonso Caballero y de María de Cosío; Sebastián Vélez de los Ríos, hijo de Andrés de los Ríos y Francisca de Cos. Fueron sus abuelos paternos Alonso de los Ríos y María de Terán y los maternos García Vélez y Leonor de Valcava.

José María González-Cotera se detiene en la ficha del cerverano Pedro Díaz de Hayuela, que presenta su solicitud el día 12 de marzo de 1618, ante el alcalde ordinario Gómez de Cossío y Terán: *“Pedro Díaz de la Hayuela, el mozo, digo que yo e de pasar a las Yndias y para ello tengo neçesidad de bazer ynformazion de como soy hijo de padres nobles christianos biexos linpios de toda raza de moros y judios y que no son de los proybidos a pasar a las dichas Indias a Vmd”*. Entre los testigos se encuentra Pedro Gómez de Dosal, cura de Rabanal de los Caballeros. Por algunas de las respuestas se sabe que su abuelo también se llamaba Pedro y que había ganado una ejecutoria de hidalguía en la Chancillería de Valladolid. Ese mismo año sale con dirección a Puerto Rico Pedro Díaz de Layuela.

El 27 de marzo de 1623 se presenta el expediente de Juan de Cosío Terán, perteneciente a un ilustre linaje cerverano. En el libro “Armorial de Cervera de Pisuerga, Inventario de blasones”, obra de José Luis Abad Ortiz, se dedica a este linaje un capítulo en el que se describen dos epitafios sobre sendos arcosolios de la capilla de San Pedro de la iglesia de Nuestra Señora del Castillo.

Y finalmente, en la información de otro pasajero, Juan Antonio Carrara, contador de diezmos de la catedral de México, se menciona a su mujer, Vicenta Be-doya, probablemente natural de Cervera, y a su criado Matías Caballero, soltero, de 40 años, natural de Vado ⁽¹⁸⁸⁾.

LA INVASIÓN DE LOS FRANCESES

Las tropas de Napoleón entraron en España en 1808, produciéndose el 2 de mayo el levantamiento del pueblo de Madrid, apoyado por una parte del ejército. Comenzaba entonces la Guerra de la Independencia contra los invasores que se prolongaría hasta 1812. El día 7 de junio el general francés Lasalle entraba en Palencia y algunos meses más tarde, el 22 de noviembre, las tropas de Napoleón llegaban al norte de la provincia, saqueando Cervera y otros pueblos de la zona. San Salvador fue incendiado y tan sólo se salvaron tres o cuatro edificios de las llamas. Igual suerte corrió Areños, que también padeció el fuego y vio como desaparecía el barrio denominado Río Las Casas, situado en un pago denominado Cardil. También en Camasobres sufrieron los desmanes de los franceses.

Pasados los primeros momentos de saqueos e incendios, volvió una cierta calma y los franceses asentaron una fuerza estable en Cervera. Parece que para apaciguar los ánimos fue importante la intervención del padre de Modesto Lafuente, médico ilustrado y liberal. Señala Alejandro Díez Riol que los franceses situaron en Cervera una fuerza de 400 hombres, población que fue designada como subprefectura. El país había sido dividido en 38 prefecturas y 111 subprefecturas, por lo que fue grande el valor administrativo concedido a la localidad. Los soldados franceses situados en Cervera fueron alojados en el convento de los Agustinos, en un terreno en el que todavía hoy se conoce como “el convento”, a pesar de que sus principales edificios hayan desaparecido ⁽¹⁸⁹⁾.

Abusos en la abadía de Lebanza

La situación de los pueblos de Pernía no fue sencilla durante la Guerra de la Independencia, ya que mientras los franceses estaban establecidos en Cervera y en las principales poblaciones de la Montaña Palentina, las tropas españolas

(188) De Lózar, Froilán: *Pasajeros a Indias, serie Vuelta a los Orígenes, en Diario Palentino, 2,9,16 y 23 de octubre de 2008.*

(189) Díez Riol, Alejandro: *La Junta Revolucionaria de Cervera de Pisuerga (30 de septiembre de 1868), en Colección de Historia Montaña Palentina, número 2, Cultura & Comunicación, Palencia, 2008.*

que los combatían contaban con importantes fuerzas en las tierras de Liébana. De esta manera, las localidades pernianas eran escenario de las incursiones y de los abusos de unos y otros. Esta circunstancia puede apreciarse bien siguiendo el relato de José Primo, que fuera administrador de la abadía de Lebanza y que estudió las dificultades sufridas por la colegiata durante la invasión francesa. Según dejó escrito, “*en la zona de Cervera las contribuciones más fuertes gravaron también al elemento eclesiástico y concretamente a la Colegiata de Santa María de Alabanza*”.

Aunque los canónigos vivían “*en un desierto inhabitable la mayor parte del año*”, pronto se enteraron de lo que sucedía en el país y el 14 de julio de 1808 acordaron mandar aviso “*al cura de Polentinos y Lebanza para que asistan a la rogativa que se va a celebrar por las necesidades que está experimentando todo el reino, y en especial la ciudad de Palencia con toda su provincia, por la muchedumbre de franceses que la rodean y maltratan*”. Pronto los efectos de la contienda llegarían a la zona norte de la provincia y la víctima principal sería la abadía. El paso de las tropas españolas en noviembre de 1808 produjo importantes estragos en el centro religioso, ya que si los franceses incendiaban y saqueaban los pueblos que les eran enemigos, los ejércitos españoles tampoco tenían contemplaciones a la hora de conseguir alimentos y recursos.

Así se expresaban los religiosos tras el paso de la tropa: “*en vista de los gastos tan considerables que nos ha ocasionado la retirada de nuestras tropas por este país, habiéndonos consumido mucha parte de harina de trigo y centeno, gran parte del vino destinado al consumo de la casa y varios carneros y ovejas y todo sin interés, y además no contentos los soldados con el bien que se les hacía, robaron cuanto encontraron a mano, tanto que en los días 28, 29 y 30 de noviembre nos saquearon enteramente la casa sin dejar puerta que no violentasen y destruzasen*”. Fue preciso revisar los inventarios “*para saber ciertamente lo que se llevaron los soldados, especialmente de albajas y anotar lo que faltaba*”.

Casi a diario llegaban escritos de franceses y españoles demandando a la abadía ganados, trigo, harina, hierba o mobiliario. Así lo hacían los franceses establecidos en Cervera, la División del general Ballesteros que se encontraba en Potes, el destacamento de Casavegas o la División del guerrillero Díaz Porlier. Este último, un importante líder de la resistencia contra los franceses, pensó incluso convertir la abadía en un hospital para sus soldados. A pesar de que en tiempos de la invasión francesa sólo quedaron viviendo en la abadía tres canónigos, era tal la escasez de recursos que llegaron a escribir al abad y al obispo para manifestarle “*la imposibilidad de subsistir todos los prebendados (...) y que determine lo que sea de su agrado*”.

El decreto de supresión de las órdenes regulares y monacales afectó a la abadía, de tal forma que el 3 de septiembre de 1810 se presentó un general con

numerosos hombres y comunicó el cierre de la abadía y el secuestro de todos sus bienes. Gran parte de las alhajas de la iglesia, libros y documentos se trasladaron a la Administración de Bienes Nacionales de Palencia, sus bienes y rentas fueron secuestrados y los canónigos *“obligados a vivir prófugos y mendigos”*. Nada consiguió el abad García Casarrubios con sus alegaciones ante el gobernador de Palencia, quien le aseguró que *“la colegiata sería quemada o extinguida por haber sido abrigo de brigantes”*.

Finalmente, en Valladolid fueron atendidos los razonamientos del abad y el general del sexto ejército, Kellerman, resolvió que *“mediante a no deber ser comprendida en el decreto de extinción por no ser monacal ni regular (...) se entreguen a los individuos de ella los libros, papeles, bienes y efectos que se la secuestraron (...) y que el señor obispo tenga a bien dar a los individuos de dicha colegiata el destino y aplicación que sea más propicio a su estado y conveniente al público, ya que no permite el estado de ruina en que se halla la fábrica material de aquella casa la reunión de sus individuos en ella (...) y no conviene repararla por lo escabroso del país”*⁽¹⁹⁰⁾.

LAS GUERRAS CARLISTAS

España no conocería la paz tras la victoria contra los ejércitos franceses. Al morir el rey Fernando VII se planteó un conflicto entre los partidarios que querían la corona para la hija del monarca, la princesa Isabel, y los que defendían que el trono debía ser ocupado por el hombre más cercano en la línea de sucesión, su hermano el infante Carlos María Isidro. Se formaron así dos bandos rivales que, además de reclamar a distintos herederos para el trono, contaban con una visión política antagónica. En torno a los isabelinos se agruparon los liberales, mientras que en el bando carlista se reunieron las gentes de ideario conservador y absolutista. La lucha entre unos y otros derivaría en las sucesivas guerras carlistas, que mancharon de sangre la historia de España durante el siglo XIX y supusieron un trágico antecedente de la Guerra Civil que habría de vivir España en el siglo XX.

Para los pueblos de Cervera y Pernía fue especialmente importante la primera guerra carlista, que tuvo lugar entre 1833 y 1840. Los carlistas controlaban entonces las provincias vascas y Navarra, contando además con importantes fuerzas en Aragón y Cataluña. La provincia de Palencia y la comunidad cántabra estaban controladas por las tropas liberales isabelinas, pero por estos lugares eran

(190) Primo, José: *La Real Colegiata de Santa María de Alabanza*, en *Diario Palentino*, 28 de mayo de 1986.

numerosas las incursiones de los carlistas que pretendían extender la guerra y debilitar el dominio de sus enemigos.

El día 17 de agosto de 1836 atravesó el puerto de Piedrasluengas el general carlista Miguel Gómez al frente de casi tres mil hombres, avanzando después hacia la Venta de San Bartolomé, Cervera de Pisuerga y Prádanos de Ojeda, donde hizo noche el día 19. Desde allí siguió camino hacia la capital palentina, en la que entró sin encontrar resistencia el día 20 de agosto. Tras estas tropas carlistas caminaba Espartero, general del ejército liberal, que siguiendo el mismo itinerario que sus predecesores llegó a Potes el día 17 y a Prádanos de Ojeda el día 20. Al pasar por Cervera se sintió Espartero algo enfermo y, aunque prosiguió su ruta con la intención de dar caza a los carlistas, se agravó su estado y tuvo que permanecer en cama al llegar a la población burgalesa de Lerma⁽¹⁹¹⁾.

La expedición del conde de Negri

La siguiente expedición de importancia que estuvo presente en la zona fue la del conde de Negri, general del ejército carlista que salió de las provincias vascas el 14 de marzo de 1838 al mando de otros 3.000 hombres. Procedente de la localidad cántabra de Los Carabeos, el conde de Negri y sus hombres llegaron a La Pernía el día 19 de marzo. La primera brigada se alojó en Lebanza, la segunda en Vañes y el resto en San Salvador. Ya con las tropas isabelinas siguiéndoles los pasos, salieron los carlistas a las cuatro de la tarde del día 20 en dirección a Potes. Ese día durmieron en Casavegas y, antes del amanecer del día 21, penetraron en Liébana, haciéndolo la mitad por Piedrasluengas y la otra mitad por los altos de Casavegas. A las nueve de la mañana, las dos mitades se habían reunido en Pesaguero, después de sufrir una gran nevada. Reiniciaron entonces la marcha y llegaron hasta Vendejo, donde fueron al fin alcanzados por el ejército isabelino, que también había atravesado La Pernía.

En torno a las peñas y bosques de Vendejo se luchó durante ocho horas el día 21 de marzo, tomando primero los carlistas unas posiciones ventajosas que luego les fueron arrebatadas por los liberales. Así llegó la noche, sin un vencedor claro y con más de mil hombres perdidos por unos y otros, entre muer-

(191) *La expedición del general carlista Miguel Gómez fue una de las más importantes de las guerras carlistas. Tras salir del País Vasco el 26 de junio de 1836, fue conquistando Oviedo, Santiago, León, Palencia, Albacete, Córdoba, Cáceres y Algeciras. Sostuvo numerosos enfrentamientos con el ejército liberal, logrando numerosas victorias y algunas derrotas que no frenaron su marcha. Regresó a las tierras vascas dominadas por los carlistas el día 20 de diciembre.*

tos, heridos y prisioneros. La situación de los carlistas en ese momento era francamente negativa, ya que se encontraban atenazados por la nieve, sin comida y con escasas municiones para seguir el combate. Muchos de los heridos fallecían por el frío y por la falta de comida. Así las cosas, el conde de Negri decidió volver sobre sus pasos y ordenó el regreso hacia tierras de La Pernía, siempre amenazado por la presencia del enemigo. El día 23 de marzo reanudaron los carlistas su marcha, llegando a San Salvador a media tarde tras haber superado de nuevo el puerto de Piedrasluengas. Cerca de San Salvador se apoderaron de un convoy que iba a abastecer a las tropas isabelinas y que estaba cargado de arroz, pan y vino, con lo que al fin pudieron mitigar el hambre. El segundo mando de las tropas carlistas se quedó en Camasobres protegiendo a los heridos que debido al mal tiempo y al fatigoso trayecto no habían podido llegar a San Salvador. El día 24 salieron los carlistas que estaban en San Salvador a las ocho de la mañana, para descansar al final del día en Cillamayor y Matamorica. Los heridos que estaban en Camasobres también fueron evacuados y, cuando ya estuvieron a resguardo, salieron los últimos soldados carlistas de la localidad de Camasobres.

La expedición del conde de Negri siguió camino entonces por tierras de Burgos, Soria y Segovia, para cambiar después de dirección y atravesar de nuevo la provincia de Palencia hasta llegar a Liébana. Acosado por las tropas liberales que lo perseguían sin descanso y dificultado su caminar por la nieve que cubría los caminos, los carlistas retornaron a las tierras de Burgos y llegaron a la localidad de Villasur de Herreros, donde el día 27 de abril fueron definitivamente derrotados y deshecha toda la expedición.

De las tropas de Negri se separó el día 1 de abril una pequeña fuerza, que el conde dispersó para recoger a los carlistas rezagados y para entretener a algunas de las tropas liberales que le perseguían. Este grupo, dirigido por Epifanio Carrión y Modesto de Celis, dominó a una pequeña partida isabelina que había en Perazancas y, vistiéndose con sus uniformes, se dirigieron a Cervera para sorprender a la guarnición de esta villa. Allí lograron los atacantes hacer algunos prisioneros y abastecerse de armas. Después de tomar parte en el combate del día 27 de abril en Villasur de Herreros, en el que fue definitivamente vencido el ejército del conde de Negri, el grupo de Carrión y Celis continuó durante algún tiempo realizando sus correrías por tierras de Burgos, Palencia y León. El día 13 de mayo hicieron noche en Prádanos de Ojeda, sumando entonces los carlistas una fuerza de unos 300 hombres. En torno al día 15 volvieron a protagonizar una nueva escaramuza con los isabelinos en Cervera de Pisuerga, villa a la que retornaron el día 25 de ese mismo mes. Tras marchar hacia Valderredible tuvieron un nuevo enfrentamiento en Cervera, prosiguiendo después su labor por lugares como Villadiego, Herrera de Pisuerga, Riaño y Sa-

hagún. Sin embargo, alertados los liberales por sus repetidas victorias y por el volumen que iba tomando aquel grupo, destinaron una fuerza mayor que finalmente los puso en fuga y los hizo refugiarse en tierras vascas hacia el mes de julio ⁽¹⁹²⁾.

LA REVOLUCIÓN GLORIOSA DE 1868 EN CERVERA

La convulsa situación política de España en el siglo XIX tuvo como uno de sus momentos más importantes la Revolución Gloriosa de 1868. Este movimiento, auspiciado por gran parte del ejército y de los partidos políticos de la época, propició la marcha al exilio de la reina Isabel II y el comienzo del Sexenio Democrático (1868-1874), en el transcurso del cual se produjo la Primera República Española.

Alejandro Díez Riol ha investigado los sucesos ocurridos en Cervera durante aquel periodo, que comienza el 30 de septiembre de 1868, cuando las tropas que defendían a Isabel II son derrotadas y la reina tiene que huir a Francia. Ese mismo día, a las seis de la tarde, se reúnen en el Ayuntamiento de Cervera un grupo de vecinos que, dando vivas al general Prim, a la soberanía nacional y a la libertad, constituyen una Junta Revolucionaria presidida por Eugenio Huidobro. Esta Junta, que tuvo una breve existencia, mantuvo una gran actividad hasta ser disuelta. El día 1 de octubre convocó unas elecciones que se celebraron un día después y en las que fueron elegidos concejales de la Junta Revolucionaria Eugenio Huidobro, Cesáreo Huidobro, Eloy Cossío, Bernardo González, Juan Salvador y Juan Cossío. El censo electoral de Cervera estaba formado entonces por 108 hombres mayores de 25 años. El día 4 fue constituida una milicia local compuesta por 46 hombres y denominada Voluntarios de la Libertad, que tenía por finalidad mantener el orden en el pueblo y que estaba a las órdenes de la Junta Revolucionaria.

Las Juntas Revolucionarias aparecieron por todo el país tras los sucesos de septiembre de 1868, reclamando libertad de culto, libertad de enseñanza, soberanía nacional, sufragio universal, poder ejecutivo, judicial y legislativo, monarquía democrática, derechos de reunión y asociación, etc. Sin embargo, el nuevo gobierno instaurado con carácter provisional el 9 de octubre vio como un peligro la proliferación de tantas y tan variadas Juntas, algunas de ellas de carácter muy radical. Por ese motivo, fue procediendo a su paulatina disolución. Muchas de las reclamaciones de las Juntas fueron incluidas en la Constitución redactada en 1869.

(192) Piralá, Antonio: *Historia de la Guerra Civil y de los partidos liberal y carlista*, edición consultada: Turner, Madrid, 1984.

La Junta Revolucionaria de Cervera se reunió por última vez el 11 de noviembre de 1868. Ante su negativa a ser disuelta, fue declarada en rebeldía y tuvo que acudir desde Palencia el gobernador civil, acompañado de fuerza suficiente, para que la nueva corporación municipal pudiera tomar sus cargos el 17 de noviembre. Ese día fue nombrado nuevo alcalde Julián Barreda y quedó definitivamente disuelta la Junta Revolucionaria de Cervera ⁽¹⁹³⁾.

SEGUNDA PARTE

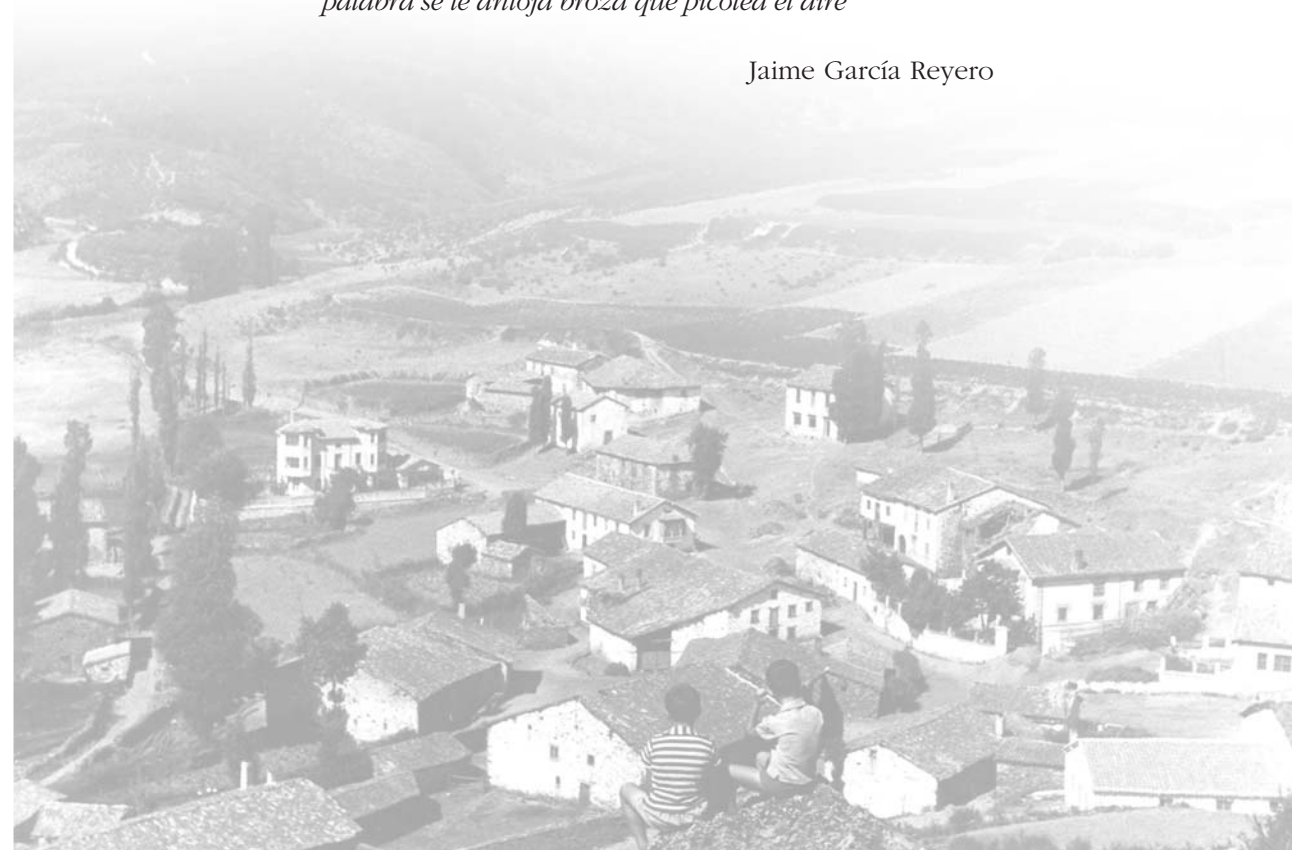
LOS PUEBLOS

“Por La Pernía, por la Suiza española, coronada esta comarca de puertos y puertas, como atalayas, como lanzados en ristre hacia el cielo, como señoriales balconajes para otear las maravillas de la creación”

Crisógono García

“Todavía quedan parajes de ensueño, valles donde es inevitable sentir la presencia de los dioses, duendes o encantamientos, donde el poeta se siente vil bormiga, o donde la palabra se te antoja broza que picotea el aire”

Jaime García Reyero



(193) Díez Riol, Alejandro: *op. cit.*

SEGUNDA PARTE

LOS PUEBLOS

ARBEJAL

Está situado a dos kilómetros de Cervera de Pisuerga, ayuntamiento al que pasó a pertenecer el 10 de febrero de 1970. Aunque algunas crónicas mencionan la ocupación de este lugar en el periodo Oloceno (3.000 a.C.) por ordas de cazadores y recolectores ⁽¹⁾, es en el año 818 cuando aparece citado por primera vez con el nombre de “Erbeliare” ⁽²⁾. Según otras fuentes, el pueblo pudo estar ubicado en otro punto y al sufrir alguna catástrofe natural, se reconstruyó en el lugar que ahora ocupa. Según el archivo de Simancas, en 1240 se construyó una casa de mucha importancia, incluso con torreón, más tarde utilizado como bodega. Arbejal pertenecía al señorío de don Tello, compartido con los señores de la Orden de Malta ⁽³⁾.

(1) *Volvemos a tener referencias en este lugar del presunto vuelco con el que estuvieron envueltas estas tierras. Robert Wagner, al hablar del bosque fósil de Verdeña, hace alusión al tremendo cataclismo que alteró la tierra y levantó una montaña donde antes reinaba un mar. Aunque hablamos de diferentes épocas, algunas fuentes citan que el pueblo estuvo asentado sobre terrenos del cuaternario, restos de algunos glaciares.*

(2) *Existe un documento de esta fecha en el que figura la integración al monasterio de Naroba (Santander) de todas las tierras situadas “foris montis” en Cervera, Arbejal y Resoba.*

(3) *La Orden de Malta fue también conocida como Orden Hospitalaria de San Juan de Jerusalén. Se trata de una orden de caballería fundada el siglo XI que participó activamente en las luchas contra el Islam y el Gran Turco. José María Peña Marcos: En el siglo XII la Orden de Malta habría instalado un priorato de la Bailía Población de Campos en Arbejal, detentando sobre este núcleo el poder señorial y espiritual pues desde ese siglo está exenta de la jurisdicción de los obispos. La Orden de Malta poseía, además de la parroquia de San Andrés, donde existen varias cruces de Malta, tres ermitas anejas, una de las cuales es la románica que está medio derruida en el cementerio viejo.*

En 1752, el Catastro del marqués de la Ensenada dice lo siguiente de Arbejal: *“Hay un solo señor indiscutible en la zona de Cervera, el conde de Si-ruela, excepto de Vañes y Arbejal, ya que esta última es en parte de raelango y en parte de la Orden de Malta y Perazancas”*. Entre sus construcciones destaca la Casa de la Inquisición, que data de 1762. Tiene una extensión de 1.500 metros y se sabe que perteneció al comisario del Santo Oficio Manuel Ramos Marcos, que en 1770 incorpora a la fachada su escudo personal. En 1765 se construye el cementerio viejo de Arbejal, al parecer, sobre una antigua ermita románica. En 1960 se construye el actual. A mediados del siglo XVIII, se puede observar a través de escrituras y testamentos la similitud ya existente entre los nombres que en la actualidad tienen ciertas zonas del término y los nombres con los que se les reseñan en aquellos años; Bárcena, Los Casares, etc. En un testamento de 1772, sellado con la inscripción Carolus III, al nombrar el pueblo se le designa como “Arvejal”, y en 1798 ya aparece indistintamente en los documentos consultados como Arbejal o Arvejal.

En el inventario de Miñano, figura que en la primera mitad del siglo XIX contaba Arbejal con 50 vecinos y 300 habitantes y había en el pueblo *“telar de lienzos y pastoreo de ganado trashumante y yeguar”*⁽⁴⁾. Según el diccionario de Pascual Madoz (1845-1850) en Arbejal había *“60 casas, ayuntamiento y escuela a la que asistían 30 niños de ambos sexos”*. El correo se recibía de Cervera por balijero, los martes, viernes y domingos; saliendo los lunes, jueves y sábados. Los productos agrícolas más importantes en este tiempo eran el trigo, la cebada, el centeno y el lino. El ganado que existía eran vacas, caballos y ovejas. Había caza y pesca de corzos, jabalíes, perdices, truchas, barbos, cangrejos, bogas y unas excelentes anguilas. Según el mismo autor, en toda la provincia de Palencia vivían 148.491 habitantes, siendo la Montaña Palentina la zona más pobre de toda la provincia⁽⁵⁾.

Arbejal venera como patrono a San Antonio, fiesta que se celebra el 13 de junio. Además, ha tomado auge en los últimos años la fiesta del turista, el último domingo de julio. Inicialmente, los asistentes se concentraban en la boquera, cerca de la iglesia, pero con el tiempo los organizadores decidieron trasladarla al campo, donde se reparten bocadillos y bebidas.

(4) De Miñano y Bedoya, Sebastián: *op. cit.*

(5) José María Peña Marcos: según censo, en 1981, en toda la provincia de Palencia vivían 188.479 habitantes, tan sólo 39.988 más que en 1850. Diez años más tarde, en 1991, en la publicación del Censo Palencia tenía 192.987 habitantes.

La iglesia y la religiosidad

En el lugar más elevado del pueblo se encuentra la iglesia dedicada a San Andrés Apóstol. Algunos cronistas afirman que fue convento templario y hace algunos años, en el suelo de la entrada se localizaron un número importante de restos humanos. En la sacristía, de estilo barroco, existe un mural de 1749, en el que aparece pintado un prior de la Orden de Malta. Uno de los retablos, el de San Sebastián, es atribuido al afamado imaginero palentino Alejo de Bahía⁽⁶⁾.

Según José María Peña Marcos, en cuya web figuran todos los datos de este pueblo, existe un estudio muy curioso de 1969 firmado por don Germán Usando, párroco de Arbejal, donde asegura que la asistencia a los actos religiosos dominicales alcanzaba el 99% de la población, existiendo, eso sí, dos descreídos. El mismo sacerdote considera que la población no está exenta de ciertas supersticiones, tales como la creencia en brujas y espíritus maléficos.

El embalse de Requejada

Está situado a unos tres kilómetros del casco urbano, por la carretera que nace junto al albergue y termina en la misma presa⁽⁷⁾. Las obras se concluyeron en 1940, anegando los pueblos de Santa María de Vañes y Villanueva. Para la construcción de la presa se utilizó roca caliza procedente de la cantera de Villanueva. La presa consta de un aliviadero superior y tres compuertas dobles a diferentes alturas. La salida media anual es de 160 hm³. En buena medida, la obra de este pantano llevó la tranquilidad a una población que, debido a su enclave, sufría a menudo inundaciones por las crecidas del río.

AREÑOS

En el pueblo de Areños hay cuatro casas abiertas en invierno, su iglesia está dedicada a San Miguel y en los diplomas de Alfonso VIII (siglo XII), figura como “Arenius”, palabra que deriva del latín clásico “arena” o, también, árido, pedregoso. Sin embargo, comprobado que allí no existe arena en cantidad significativa, nos inclinamos por un posible origen ibérico: en euskera ‘ar-enea’ es

(6) Alcalde Crespo, Gonzalo: *Guardo-Cervera, Cálamo, 2001.*

(7) *Ocupa 33 hectáreas. Puede llegar a almacenar 65 hectómetros cúbicos. Recoge las aguas de una cuenca de 247 Km² con una avenida máxima de 450 m³. Llega a alcanzar una cota máxima de 1.082 metros y se eleva 52 metros por encima del cauce normal que tendría en esta zona. Fuente: José María Peña Marcos.*

“finca del valle”, lo que coincidiría con otros nombres ibéricos cercanos: Verdeña, Vañes, Vergaño. En último caso, se apunta la posibilidad de que pudiera hacer referencia a un repoblador llamado Arenius.

La primera referencia a este lugar aparece en 1180. Un año más tarde se menciona en un documento de Alfonso VIII su iglesia, que conserva algunos vestigios románicos. Durante la Guerra de la Independencia (1808-1812), los ejércitos imperiales franceses incendiaron el pueblo de Areños y un barrio suyo denominado Río las Casas, situado en un pago denominado Cardil y que, a diferencia del resto de la localidad, ya no fue reconstruido tras la guerra ⁽⁸⁾. A mediados del siglo XIX contaba el pueblo con ocho casas “y una escuela común para los niños de ambos sexos dotada con cien reales anuales” ⁽⁹⁾.

Es curioso la importancia que le damos al conocimiento de la tierra donde nacieron nuestros antepasados, como es el caso de Lorenzo Luengo, que nace en Argentina pero se interesa por su abuelo Mariano Luengo Gonzáles, que nació en Areños en la última década del siglo XIX y se trasladó a Argentina en 1907. “Busco huellas de mis antepasados españoles a quienes no conozco. Cualquier dato, cualquier referencia, alguna historia, todo me interesa”.

CAMASOBRES

En Camasobres la nieve
borra todos los caminos,
pero no el que me ha llevado
donde está nuestro cariño

En el Becerro de las Presentaciones de León aparece ya nombrado este pueblo, que era el lugar donde daban cama a los carreteros que desde Campos subían a la Montaña. Cuando Alfonso VIII concede al obispo de Palencia el señorío de Pernía, en 1181, se dice: “*preter populationes de Camassores et Barrios de Risova*”. En 1352 se le cita como Cama Sobres ⁽¹⁰⁾.

Algunos autores explican que el nombre está compuesto del celta ‘cambo’ (curvo) que, como sustantivo se traduce después como “recipiente”, “artesa”, que llevándolo a este lugar nos daría como resultado un valle o lugar curvo:

(8) De Miñano y Bedoya, Sebastián: *op. cit.*, p. 37.

(9) Madoz, Pascual: *Palencia, diccionario geográfico estadístico histórico (1845-1850), edición de Ambito, Valladolid, 1999.*

(10) Becerro de las Behetrías; *Liébana y Pernía*, 48.

“hondonada que forma un valle” ⁽¹¹⁾. En catalán existe ‘coma’ con el significado de “vallecito” (Hubschmid). En el glosario de Simonet se dice que ‘camba’ procede de ‘campus’ y en gallego ‘camba’ significa “valle”. La segunda parte ‘sobres’ procede del latín ‘superest-supersum’ con el significado de “estar sobre”. La autora le da el significado de “valle superior”. Pero la versión más extendida es la primera, “Camassores”. Quienes se deciden por ella advierten que nos hallamos en plena montaña y podemos deducir sin temor una etimología ibérica como el caso de la Camarmeña asturiana. Se trataría de una palabra compuesta: ‘ik-ama-txur-aitz’, “Peña del torrente de la subida” que corresponde a la orografía del terreno ⁽¹²⁾.

En el atrio de su iglesia, grabado en una piedra, aparece la siguiente cita: “Año 1713. A 26 de febrero comenzó a nevar y no cesó hasta el 29 de abril. Ese día había 12 varas”. Ese año, sin duda, sería uno de aquellos en que para atravesar las calles era necesario hacer auténticos túneles, y las plantas bajas de las viviendas estaban tapadas por la nieve.

En el diccionario de Sebastián Miñano se recoge que, en la primera mitad del siglo XIX, este pueblo tenía “51 vecinos y 237 habitantes, una parroquia y un pósito (...) Hay camino de carro y bastante tránsito para el Valle de Polaciones, pasando por Piedrashuengas, en cuyo intermedio hay una Hoz que se titula así, y es entre dos peñas muy altas, sin otra extensión que la del mismo camino y riachuelo, que cuando toma incremento rebosa sobre él. Produce centeno, mucha yerba y alguna corta porción de trigo y lino; legumbres y cría de ganados, vacuno, lanar y de cerda. Industria de carretería para el transporte de sales y construcción de barriles para barinas y aperos de labor. Abunda la leña en sus montes” ⁽¹³⁾. A mediados del XIX, en el diccionario de Pascual Madoz, se añade que el pueblo contaba con 60 casas de pobre aspecto, más el ayuntamiento y la escuela, a la que acudían entre 50 y 60 niños. Se daba la caza de “corzos, jabalíes y osos” y se dedicaban sus gentes a “la ganadería, cantería, algún molino de invierno; hay también dos pisoncillos. Comercio de madera y aparatos de carretería” ⁽¹⁴⁾.

CASAVEGAS

Es un pequeño pueblo, cuyas tierras limitan con las localidades pernianas de Lores, Camasobres y Areños y las cántabras de Vendejo y Cueva, así como Ca-

(11) V. Fernández Marcos.

(12) Sobre el uso de txur, ver García de Diego, *Diccionario etimológico, Espasa Calpe, 1954, 1985.*

(13) De Miñano y Bedoya, Sebastián: *op. cit.*, p. 47.

(14) Madoz, Pascual: *op. cit.*

TERCERA PARTE

EL SIGLO XX: LAS HISTORIA DE NUESTRO TIEMPO

“A principios de siglo, al llegar el otoño, venían pueblos enteros, caravanas de carros, a buscar provisiones antes de que llegase la nieve. Tardaban en el viaje la semana completa: tres días de ida y tres días de vuelta, haciendo alto en el camino para pasar la noche en cuadras y portales. Daban de comeral ganado y al despuntar el alba, emprendían la ruta a través de caminos, desfiladeros y montañas...”

Aniano Fontaneda



TERCERA PARTE

EL SIGLO XX: LA HISTORIA DE NUESTRO TIEMPO

UN SIGLO DE MEMORIAS

Era muy corriente por nuestras tierras la cosecha del lino. Una vez arreglado se confeccionaban sábanas, pantalones, camisas... entonces no se usaban camisetas ni calzoncillos.

Se molía el centeno para dar de comer a los cerdos y se utilizaba también para elaborar las hogazas.

La levadura era casera. Un pedazo de pan que se recalentaba y servía para la siguiente hornada. Primero se metían las tortas y, si éstas se picaban, por igual se picaba el pan. Una vez limpio y dispuesto el horno era el momento en el que se metían los panes.

Los veceros que iban con la cabaña solían llevar en la fardela huevo cocido, sopas con tocino “tasao”, “salvao” y pan integral.

Era de uso muy frecuente entre las gentes de la zona “la cornita”, cuerno de buey donde se llevaban “los calostros”.

Todos los años se recogían andrinas o “endrinas”. También moras y arráspanos. Es muy conocido el dicho *“vete a roer arráspanos a la Peña Redonda”*.

En el lugar conocido como “el Secarro” y en pleno mes de junio, recuerdan las gentes que murieron muchas vacas arrecidas de frío. Y en el monte que mira a la abadía, un rayo mató a 96 ovejas.

Por San Pedro se celebraba en Redondo la fiesta de los criados. Todos los años se hacía una gran hoguera en el término de La Lombana. Por la noche, los mozos acudían a tomar la leche por las casas, lo que se conocía como “beber las natas”. La leche se hervía el día anterior y se colocaba al fresco de la noche en las ventanas. Los mozos debían de sacar la nata de los recipientes sin mojarse las narices.

Cuando llegaba el verano se contrataban braceros para ayudar en la siega, que ganaban cincuenta céntimos.

En Polentinos, cuando venía de visita el obispo o el gobernador, Josefa Sordo era la encargada de componer unas coplas significativas que los mozos y mozas del lugar cantaban:

Salgan hombres y mujeres
salgan ancianos y niños,
a recibir al obispo
con gran amor y cariño

Se hablaba de “las fiebres” como una enfermedad corriente. Para remediarlo, se le metía al enfermo en grandes barreños o calderas con agua.

No podía comprobarse la tensión. De ahí la cantidad de muertes que se producían y dejaban anonadados a vecinos y parientes.

Otra de las enfermedades para la que no se encontraban soluciones era “el apéndice”. Después de una larga y penosa agonía, combatida por el remedio equivocado de los paños calientes, el enfermo moría. Este mal era conocido aquí como “el cólico miserere”.

El tomillo era utilizado para las colmenas y como condimento en cocina.

El malvavisco, planta malviana, con raíces muy similares a la “genciana”, debía extraerse con un palo de madera pues al tomar contacto con el hierro se secaba.

La ruda era empleada para los histéricos, también usada en medicina.

Las barbas de maíz se utilizaban cuando había dificultad para orinar. Generalmente era utilizada con los animales domésticos.

La zarzaparrilla servía para rebajar la sangre y existía la creencia de que debilitaba mucho a la persona que la tomaba.

La genciana o junciana, que da nombre a un término de Polentinos (El Juncianal) y los cornitos se recolectaban para fines medicinales ⁽¹⁾. En Lores se hablaba mucho de la genciana que, generalmente, -como bien exponen los foreros y más en concreto Leire, que es la que lidera el debate- recogían los hombres, porque había que cavar mucho para sacar la raíz, que se vendía; los cornitos los recogían las mujeres, no sin provocar la ira de los propietarios de los centenos.

El romero, cocido con vino, era bueno para la curación de las heridas.

También su empleaba la cola de caballo, que se cría en lugares húmedos.

La raíz de la helecha se hervía y era buena para que las novillas estériles quedasen preñadas. Se comenta que esta planta se utilizó bastante en los hogares de Pernía con resultados satisfactorios.

(1) De Lózar, Froilán: *El cuento de la lechera, serie Vuelta a los orígenes, Diario Palentino, 20 de enero de 2007.*

Las hierbas de las limpias, nacen entre el musgo y los muros del templo.
La arzolla también era buena para curar las heridas.
Los vahos de beleños, se empleaban para el dolor de muelas.
La raíz de la capacha, era utilizada cuando se capaban los marranos.

UN SIGLO DE ANÉCDOTAS

El tío Sebo de Camasobres

En Camasobres, quien nos mataba el estómago era el tío Sebo, que vendía orujo a céntimo en aquella tabernuca de pueblo. Pero a tal de escanciarlo en tarritas de barro o vasos, usaba una especie de cuerno de vaca. A esas porciones se las llamaba “metadillas”.

Mucho queso come el necio

Contaba el cardador que venía por estos pueblos lo que le sucedió una vez. Le invitó una mujer a merendar y, como estaba hambriento, la emprendió con el queso. La mujer, al ver que no se saciaba y que estaba acabando con el queso, le advirtió:

-¡Mucho queso como el necio!
-Hago bien, si me lo dan
-Mucho queso, no es provecho
-A mí nunca me hizo mal
-A peseta me costó la libra...
-Lo que es bueno nunca es caro
-Muchas ferias ha corrido
-Pues de esta ya no sale

Pescando cangrejos

Fito fue a pescar cangrejos. Fito tartamudeaba un poco. Mientras estaba entretenido en esas lides, llegó de improviso el guardarríos. “¿Qué estás haciendo, Fito?”. Fito levantó la cabeza y se le ocurrió decir: “Pue... pue... pues si no se puede beber agua, que lo digan”.

Un hombre que nos eche la cuenta

Cuentan que fueron a comer dos mujeres de aquí a una fonda de Cantabria, cerca de Unquera. Las acompañaba Julián. Al terminar, llamaron al camarero

para que les dijera cuánto se debía. “28 pesetas”, les contestó. Ellas le pidieron a Julián que echara la cuenta. “Pues, 28 entre tres, a 14”. Y las mujeres pagaron y tan contentas: ¡Qué bueno es tener un hombre que nos eche la cuenta!

La gallina de Lores

Matilde Herrero, de Lores, lo contaba muy bien. Se lucían las ciudadanas cuando llegaban a la aldea: “¡aldeana!, ¡pueblerina!, ¡cuánto vale esa gallina?”. Y se reían las pueblerinas de la ignorancia de las altivas ciudadanas: “¡ciudadana!, ¡papo de olla!, ¡cinco reales porque es polla!”.

Una vaca de 135.000 pesetas

Un paisano de los pagos vecinos vendió una vaca en la elevada cifra de 135.000 pesetas. Eso al menos decía el periódico que vino a caer en las manos de su esposa. Para demostrar que aquello no era cierto, el hombre tuvo que recurrir a los amigos que presenciaron la venta, al tratante y al periodista que difundió la noticia.

La lana de las mis ovejas

Sabemos que los de Lores siempre vivieron mejor, económicamente. Lores era el paso hacia los puertos de Cortes y Pineda. Cuentan que en cierta ocasión subían varios vecinos de San Salvador arreando unas vacas y le gritaban a Amalia, la mujer que iba por delante de ellos:

–¡Eh, la de la fardela!
–¡Eh, la de la caperucha!
–¡Eh, la de las albarcas!

Hasta que, cansada de sus burlas y llegando a su lado, la mujer les aclaró:

–¡Habéis de saber que la caperucha es de la lana de las mis ovejas. El pan que llevo en la fardela no debe nada en la fábrica de César González y las vacas que arreo son de los vecinos de Lores, en tanto que las que vosotros arreáis son las de Manuel, “el pasiego”.

El lobo

“Otro sí ordenamos y mandamos que un día de cada semana del mes de mayo de cada año, vayan y han de ir dos hombres de cada concejo a buscar los lo-

beznos por los montes, so pena que el concejo que no enviara los dichos dos hombres a buscar los lobeznos, pague la pena por cada día que no los envíen sesenta maravedíes. Y el que hallare los lobeznos y los tomare y trajere haya por cada camada un maravedí de cada caja de los dichos concejos”

Al tío Antonio le mataron los lobos un burro en la Vega de Arriba. “Déjale, que se joda –decía–, que así aprende para otra vez”.

Mis padres me contaron que en un pueblo vecino, una yegua nunca llegaba a casa. Le salían al encuentro los lobos y al animal le servía como parapeto un gran espino. Cansado el dueño de su desobediencia, ignorando que aquel matorro era su vida, lo cortó y una noche la comieron los lobos.

El tío Basilio, de Areños, que hacía portes de patatas para Potes y Asturias con una furgoneta que le costó ocho mil pesetas (lo perdió todo durante la guerra, estableciéndose en Liébana), le tomaba el pelo a Bernardino, ganadero del mismo pueblo: “lobos que andáis por el monte con la boca abierta y el rabo escondido, coméile las cabras al tío Bernardino”. Hasta que un día se las comieron ⁽²⁾.

La bomba de la guerra

No hace muchos años, los vecinos de Herrerueta decidieron quemar los rastrojos que estaban invadiendo los terrenos del Cueto, unos terrenos que este pueblo ha arrendado hasta fechas recientes a los ganaderos extremeños. Se notificó la idea a las autoridades para que ejercieran el control oportuno. En un descanso, cuando quienes colaboraban en la faena decidieron tomar un trago de la bota, estalló una bomba de la guerra. “Tal ruido metió –dice Angela Vega–, que hasta en Redondo se asustaron”.

El funeral

A José María le hicieron un funeral, porque llegó un parte de guerra donde se decía que había muerto. Cuando liberaron Teruel escribió diciendo que había estado preso en la cárcel de Valencia.

Letreros sencillos

A “Pocos Muchos”, apodo que heredó por decir aquello de “*más valen pocos muchos que muchos pocos*”, le gustaban los letreros sencillos. En medio de dos

(2) De Lózar, Froilán: *El lobo de Bernardino, serie Impresiones, en Diario Palentino, 20 de febrero de 2001.*

hachas de cera colocó uno que decía: “*Documentación para el último viaje*”. “*Se necesita ama de cría*” –decía otro–. “*Inútil presentarse con mala leche*”. “*Morcillas de una marrana muy curiosa*”.

El viaje vertical

Quisiera recuperar aquí la historia de un hombre que perdió el juego de la rodilla siendo joven y al que le conocían como Jesús “el cojo”, para diferenciarle de otro Jesús que había en el pueblo. Era un hombre que ya de niño quiso vivir aquí, pese a las condiciones adversas con las que, seguramente, sus familiares le advirtieron para que cediera en su anhelo y volviera a su casa. Porque Jesús vivía en Vega de Bur, el pueblo de La Ojeda donde había nacido, pero a él le gustaba Polentinos, el pueblo de su padre. Le gustaba tanto que, siendo un rapazuelo todavía, ideó la manera de salir de Vega de Bur, tomando como referencia el Cueto. Libró a pie, más o menos en línea recta, los kilómetros que le separaban de aquella montaña y sin aviso previo se presentó en casa de sus tíos. La misma casa donde tantas historias me transmitió después, cerca del barrio de La Corralada. Yo le conocí cuando bajaba con el burro a buscar mercancías a nuestra casa, una vez que había hecho realidad el sueño de quedarse en la montaña. La imagen se me quedó grabada y forma parte ya de ese cúmulo de impresiones que uno no sabe bien por qué razón se potencian a medida que pasan los años; se nos representan, nos motivan, nos hablan de aquellas vidas que nadie conoció, que nadie difundió, como si las vidas formaran parte de aquel agreste mundo y debieran seguir por tanto en el anonimato. Recuerdo que me sentaba en una piedra situada en la esquina del almacén (piedras que se colocaban en las esquinas de las casas con objeto de protegerlas de los carros) y me quedaba allí un buen rato viéndole, fija la vista en el camino que lleva a la Tejera, hasta que el cojo y el burro desaparecían monte arriba.

Cipriana, su mujer, había nacido en Dobres y se había casado en Llánaves, un pueblo de León, donde nacieron sus tres hijos. La mujer, que perdió a su primer marido en la Guerra Civil, regresó a su tierra y allí la conoció Jesús por medio de Estefanía, otra lebaniega que venía todos los años a canjear géneros a nuestra tierra. Un apaño, que así suelen conocerse por aquí estas decisiones.

A veces uno acierta respondiéndose preguntas. Jesús, que no conoció hijos naturales, se atrevió a responder a una pregunta delicada. Para mi personaje de hoy, de carne y hueso que fue, el viaje vertical era el que hacía cada cierto tiempo a través del monte. Para llegar a San Salvador subía por la cabecera de Carracedo y atravesaba la Camperona. Fue allí, en el lugar que los habitantes de Polentinos conocen como la subida al pozo, donde Jesús dio un nudo a un tallo. Era un tallo delgado, de buena veta; de buena veta había de ser para so-

portar aquella prueba que implicaba a los ojos del hombre la docilidad, el sometimiento, la obediencia, el respeto... Aquel tallo, luego matorro, quedó señalado para siempre con un nudo que simboliza las buenas formas que a los hijos debemos inculcarles desde pequeños, cuando es fácil corregir sus posturas, cuando todavía hay tiempo para mostrarles el camino.

Yo simplemente quería estampar aquí una semblanza, la de Jesús “el cojo”, como si le viera tirando de su burro en dirección a Valdehorcas, por aquel camino que le conduciría de vuelta al pueblo que le llenó los ojos, que le arropó el corazón, al pueblo que le robara el alma ⁽³⁾.

El jergón

Hace sesenta años dejó huella por aquí el cardador de Santibáñez de Ecla, que venía desde Prádanos de Ojeda a ofrecer sus servicios por los pueblos, dejando en el mejor punto la lana que luego se encargaban de hilar nuestras mujeres. Esta labor, que para él suponía cuatro o cinco meses de trabajo, le reportaba pingües beneficios, como lo demuestra aquella anécdota que llegó hasta nosotros: “*tío Tonino, me tiene que enseñar el oficio*”, le pidió un día, seguramente en bromas, un mozo del lugar. “*Pues no andas descaminado, porque en la temporada de cardar tenías pa un jato cojonudo*” ⁽⁴⁾.

Yo asistí, y creo que tomé parte alguna vez, en aquel hábito de vrear la lana. La lana extendida en un tablero y los miembros de la familia “arreando estopa” con una vara de avellano. Antiguamente, en algunas casas, una vez que el trillo lo había sobado bien, se ponía debajo del colchón de lana un jergón, elaborado con paja de centeno o de maíz, fórmula que al decir de las gentes disimulaba mejor la lana y ayudaba al descanso. Cuando la paja se iba moliendo con el uso, lo quitaban y colocaban otro nuevo.

Cuentan a este respecto lo que le ocurrió a una pareja de Polentinos que emigró al extranjero recién casada. Después de algunos años, volvieron, compraron un terreno, edificaron una casa y el dinero que les sobró lo metieron en un jergón de aquellos. Un día, pasado el tiempo, pensaron en cambiarlo echando el viejo al cubil de los cerdos, olvidando que con aquel gesto estaban tirando sus ahorros. La historia acabó bien, porque, aunque rotos y pisoteados por los animales, Juan Lores e Isabel recuperaron el dinero y pudieron dormir a pierna suelta en jergón nuevo.

(3) De Lózar, Froilán: *El viaje vertical, serie Impresiones, en Diario Palentino, 18 de mayo de 2000.*

(4) De Lózar, Froilán: *Libro de costumbres, serie Impresiones, Diario Palentino, 25 de abril de 2000.*

Asimismo, como quien encuentra un billete olvidado en un bolso de su chaqueta o entre las pastas de un viejo libro, yo paladeo estos episodios, repaso con más intuición que documento los pequeños enigmas, que son tentáculos que van fortaleciéndose en tu cerebro a medida que transcurren los días. Converso con ustedes, que ya es mucho. Intuyo una vereda que nos conduzca hacia la historia de aquellas gentes.

La tía Hermenegilda

A la tía Hermenegilda le pusieron de mote “la rompe”, porque un día que iba a las ovejas en invierno exclamó: “*verás cómo rompe el mi carnero*”, de modo que, como en este mundo de todo se acaba uno enterando, la mujer se quedó con el mote y hasta le sacaron unas coplas ⁽⁵⁾. Cierta día que estaban trillando en el lugar que se conoce como Campuloma, cuentan que pasó un avión y la tía Hermenegilda dijo que “*era una mazaplán que iba a aterrizar en la Peña el Cuerno*”. Se conoce que andaba por allí el alcahuete del pueblo que lo oyó, lo contó y tal vez le compuso la copla que luego hizo la risa de los vecinos:

A la tía Hermenegilda le van a llevar
a la linde gorda en un mazaplán

El toro se trijo

Todos los pueblos de la montaña celebraban concejo cuando lo consideraban necesario. En Polentinos, en el transcurso de un concejo donde se trataba la adquisición de un toro, los vecinos mostraban su pesar por considerarlo una desafortunada compra. Según las versiones, el toro no tenía buena estampa, padecía “rodillón” y las protestas se fueron generalizando y fueron subiendo de tono las voces hasta que el alcalde, temiendo que llegaran a las manos, tomó la palabra y dijo: “*...dejemos eso en paz. ¡El toro se trijo y se trijo!*”.

Fuego y fuego

Una de las anécdotas más divertidas, ahora que ya pasó el peligro, es la que cuenta un vecino de Lores. Declarada la guerra, el alcalde reunió a todos los hombres y repartió entre ellos las armas. Por toda munición, a cada uno le dio

(5) De Lózar, Froilán: *Historias de este mundo, serie Vuelta a los orígenes, en Diario Palentino, 10 de enero de 2004.*

dos cartuchos. “*Y ahora –les dijo– cualquier cosa extraña que notéis, si algo se mueve, ¡fuego y fuego!*”.

Los ingalaterros

Cuentan en casa que un día llegó la abuela diciendo: “*He visto a unos tíos ahí, pescando, al lado del puente. ¡Me parecían ingalaterros!*”.

La dentadura

Un vecino de Celada solía decir: “*¡tengo mala dentambre!*”.

Buscando a Braulio

Bajaron unos vecinos de Estalaya a Potes un día de mercado y se perdió uno de la cuadrilla. A los compañeros no se les ocurrió otra cosa que ir preguntando a todos los que encontraban si habían visto a Braulio, como si se tratara de un personaje nacional.

En un cantamisas de Lores

En Lores se celebraba en cierta ocasión un cantamisas. Asistió mucha gente. Todos querían entrar en la iglesia y una mujer que se encontraba atrapada en medio del gentío, dicen que gritaba: “*¡que no emburriéis!*”, “*¡que no emburriéis!*”.

Qué grandísimo es el mundu

Todavía hoy, cuando cuento en familia pequeñas anécdotas que yo conocí en el contacto frecuente con la gente mayor de todos estos pueblos, me viene al pensamiento aquella frase que me dejó estupefacto. La pronunció hace ya muchos años una vecina de Camasobres que nunca había salido del pueblo. Invitada a una ceremonia, probablemente una boda, llegó hasta Aguilar de Campoó y exclamó: “*¡Qué grandísimo es el mundu! ¡Llega hasta Aguilar y más allá!*”. Si uno se sitúa en el viejo Aguilar y, haciendo un ejercicio de memoria, viste a nuestra paisana con las ropas de la época: sayas, corpiños, basquiñas y acaso una blanca toca, tendrá ocasión de paladear por unos instantes la sensación de la mujer a la que sólo una cosa le impresiona: haber descubierto un mundo más allá del suyo.